

## ALLÁN Á LA CONDESA DE SCUDEMOR.

«Vos, señora, que habéis adivinado una vez lo que pasaba en mi interior, ¿no podríais comprenderlo otra? ¿No sois la criatura superior que yo imagino? ¿Sabéis lo que me impele á escribiros? Y si lo sabéis, ¡ah! ¿por qué obráis de esa manera tan incomprensible y cruel á un mismo tiempo? Escuchadme:

» Habéis conocido que os amaba; pero eso no era muy difícil. El amor que yo siento en mi pecho iluminaría los ojos de un ciego, y vos sois mujer, y habéis pasado la edad de la juventud, dos razones poderosas para que no podáis desconocer los tormentos de que sois la causa.... Os habéis equivocado, sin embargo, señora. Habéis creído que mi amor era sólo un capricho de adolescente, una flor de primavera que moriría á la caída de las hojas, algunas gotas más de sangre en mis venas; y si habéis dicho verdad cuando me hablasteis, es un error y una humildad por los cuales os

admiro, porque entonces sois una excepción entre las demás mujeres, y siempre es bueno ser una excepción. Solamente que es preciso que los hombres os hayan dado el derecho de tratarlos con una superabundancia tal de desprecio; es menester que los sentimientos elevados os inspiren una desconfianza horrible para haber sido tan impía con mi amor.

»¡Ay, señora! Ignoro absolutamente vuestro pasado; ignoro todo, excepto que os amo hasta la idolatría. Vuestro pasado.... ¡ah! vuestro pasado no tiene nada que ver aquí, ni yo quiero ni debo invocarle. Pero vos, señora, ¿queréis hacerme que lo maldiga, y que lo maldiga en la personificación más querida que os queda, en vuestra hija, que ha dejado de ser la compañera querida de mi infancia; vuestra hija, que ya no es Camila para mí, sino vuestra hija y de *otro*; vuestra hija, que conseguiréis hacerme aborrecer?

»Es indudable que lo que os escribo os causa admiración, señora, puesto que he dicho que no me ocuparía de vuestro pasado. ¡Oh! ¡muchas veces, al imaginármelo, he sentido mi corazón destrozado por las punzantes garras de los celos, de unos celos necios, absurdos, pero implacables! Y he tenido suficiente fuerza para sufrir en silencio estos celos horribles, para ocultarlos, para sofocarlos, apagán-

dolos en el fondo de mi pecho. Me han mordido, lacerado, desgarrado; pero, vertiendo sangre del corazón, he podido sujetarlos. ¿Qué tenía yo que reprocharos? Nada. ¿Qué podía yo temer? Nada. Verdaderamente es una demencia. ¡Cuántas veces, sobre todo de algunos días á esta parte, viendo mi pálida frente y mis ojos amoratados, me habéis dicho con ese tono de madre que tanto daño me hace y que nunca abandonáis para conmigo: «Mi pobre Allán, os estáis haciendo mal.» ¡Dios del cielo! ¿Creéis tal vez que embriagáis el cuerpo del adolescente y que no torturáis el corazón del hombre? Si tal habéis creído, si no habéis pensado en los destrozos que puede hacer en un alma apasionada la idea de un recuerdo, de un solo recuerdo, que no es para ella.... ¡ah, entonces estáis completamente ciega!

»Nunca, señora....; nunca os habría hablado de estos celos, si no los hubieseis aumentado últimamente, tal vez sin saberlo.... ¿Sin saberlo?... No es posible: tenéis demasiada inteligencia; está bien visible en vuestra frente la señal de la ciencia de la vida y de sus agonías, para que no supieseis lo que yo sufría y qué era lo que me hacía sufrir.... Sin embargo, ¿no os habíais engañado ya en lo que respecta á mi amor? ¿No habíais creído que era una niñada, la cual mi imaginación conver-

tía en un sufrimiento? ¿No podíais volver á engañaros? Esto es lo que yo me decía; pero he sorprendido en vuestra mirada, fija muchas veces sobre mí con una expresión tan singular; he visto tan bien y he comprendido tan mal, que no puedo menos de suplicaros á vos misma que me digáis lo que debo pensar de vos. Bien veis, señora, que no hablo más que del presente, sin ocuparme para nada del pasado.

»Cuanto más os amo, señora, tanto más me alejo de Camila, de esa pobre niña á quien yo amaba como se ama á una hermana. En los primeros momentos de este amor que habéis adivinado, equivocándoos en cuanto á su poder, encontraba una semejanza vaga, lejana, indefinida, pero deliciosa, entre su rostro y el de su madre. Si hubiese sido menos inocente, tal vez los besos que en nuestros juegos le daba en los ojos, hubieran turbado su reposo. ¡Soñador insensato, amaba á Camila porque era vuestra hija! Os veía en mi imaginación cuando erais de su edad, y me hacía, con el pensamiento, el compañero de los juegos de vuestra infancia, experimentando un placer indecible á la sola idea de tutearos. ¡Ah! estas delicias me hacían culpable, pero sin cómplice alguno, no tengáis cuidado. La pobre niña, ignorante de todo, no sentía nada de los ardo-

res de mi pasión, preservada con el amianto de su inocencia. Sentada en mis rodillas, después de largos paseos que dábamos juntos, hallábase tan sencilla y tan alegre como cuando se sentaba en las vuestras. Yo me callaba y miraba sus ojos, creyendo ver los vuestros en ellos; y besaba sus cabellos con entusiasmo, sus cabellos impregnados tal vez en el mismo perfume que se exhala de los vuestros.

»Preguntábale si os amaba mucho y en qué sitio la habíais besado aquella mañana, para buscar un vestigio de la caricia maternal en su rostro resplandeciente de frescura, tan tranquilo como puro, y ella, acostumbrada á mis caricias, me decía, como hubiera podido decíroslo á vos misma:—«Besadme en los ojos para curármelos, porque el azul del cielo les ha hecho mucho daño, de tanto mirar al aire, para poder recibir el volante en mi raqueta cuando jugábamos.»

»Después que habíamos corrido mucho tiempo por el jardín detrás de las mariposas, la tomaba en mis brazos y la llevaba en ellos, sintiendo la frescura de su cutis á través de la batista, cuando rodeaba mi cuello para afanzarse, y me decía que era vuestra carne, que la sangre que circulaba por ella era vuestra sangre, y cerraba los ojos para entregarme, mien-

tras la llevaba abrazada, á una voluptuosidad indecible.

»Pero estos momentos fueron de corta duración. El encanto huía á medida que mi amor á vos se acentuaba más. La niña no podía reemplazar á la mujer. *Era el pájaro burlón y no el ruiseñor.* Jugaba todavía con Camila; pero en nuestros juegos no encontraba ya el encanto que antes. La pobre niña venía á buscarme bajo los sauces á la orilla del agua, donde yo pasaba los días pensando en vos, á quien acababa de ver en el salón, sentada ó de pié, y soñando por un tiempo indefinido, sin querer interrumpir mi sueño más que para volveros á ver. Con el corazón y los ojos henchidos de vuestra imagen, quería veros también en Camila... pero su delgada cintura, sus formas de niña, sus carcajadas... ¡No, no erais vos, vos tan imponente, tan grave; no, no erais vos, lo sabía!... ¡Locura del corazón! ¡Delirio terrible! Su mirada, reflejo lejano de la vuestra, la encontraba demasiado húmeda. De este modo me separaba de todo lo que había idolatrado, porque mi amor había crecido mucho más de prisa que la niña, y la encontraba muy atrevida al querer parecerse á vos, á vos, en cuyo seno se agita de lleno la vida, como el mar en una playa que va á abandonar. ¡Pobre estrella, de la cual el sol de mis desvaríos des-

vanece el resplandor, por más que el resplandor de la una y el brillo del otro estuviesen hechos ambos de la misma luz!

»Este sufrimiento imaginario, del que Camila era la causa involuntaria, duraba hacia algún tiempo, cuando un día, que habíais sido más terrible que nunca con mi pobre corazón; un día que brillasteis más que todas las jóvenes que habían venido á pasar el verano en los Sauces, y cuya hermosura había yo oído ponderar, Camila, aturdida y alegre, vino á turbar mis sueños bajo el sauce en que me había refugiado; tenía una flor, una abeja, ó no sé qué que enseñarme, y yo la traté como una niña: estuve brutal con ella. Desde aquel día lo he sido cada vez más. Es que una idea, una idea espantosa, empezaba á desgarrar mi corazón, profundizando en él cada vez más. ¡Os amaba ya, señora!

»Es imposible que no comprendáis la idea fatal que me ocurrió en el momento mismo en que me enjugabais los ojos con vuestro pañuelo, en el momento en que me permitíais quedar cerca de vos, creyendo, con vuestra experiencia funesta y soberbia, que el torrente de sensibilidad que se desbordaba sobre vos podría encauzarse para dirigirse cualquier día á otra criatura más joven; pero yo oculté esta amarga idea; la oculté en mi corazón, haciendo

para ello toda clase de esfuerzos. Débil y llorando ante vuestros ojos, no dejé traslucir nada en mis lágrimas, y no sospechasteis que el estudiante, el niño, el soñador, que lloraba sin consuelo sobre vuestras rodillas, os ocultaba un dolor capaz de destrozar el pecho á un hombre.

» Si ella hubiera muerto, señora, sé con qué valor la hubiese sepultado, cualquiera que hubiese sido el destino de mi amor, si desde el mismo día en que me obligasteis á reconciliar con Camila, á quien mi frialdad había alejado de mí, no os hubieseis extremado en colmarla de caricias delante de mí. Encontraba yo vuestra conducta extraña, inaudita, impenetrable, puesto que no podía explicarla más que empequeñeciéndoos, lo cual me era imposible de todo punto.

» Aceptaba de vos este castigo que me imponíais, en recompensa de no haberme separado de vuestro lado.... de que habíais consentido que os amara.... Pero esta mañana se os ha escapado una palabra, que ha concluído con mi valor. ¿Os acordáis del momento en que entrábamos en el salón, de vuelta de nuestro paseo á orillas del Douve?... Habéis mirado á Camila, más animada que de costumbre por el calor y por el ejercicio. Su cara, quemada por el sol, estaba tan negra como el

terciopelo que adornaba su vestido: se había anudado su manteleta alrededor del cuello para preservarle de los rayos demasiado vivos del sol; y su sombrero ladeado y su corbata improvisada le daban un aire más varonil que de costumbre: la habéis mirado por mucho tiempo sin decir una palabra, y después habéis exclamado con entusiasmo, al mismo tiempo que la besabais y abrazabais: « ¡Ah, cómo te pareces á tu padre! » Había tanto fuego en vuestro acento, tanta afección apasionada en aquella caricia repentina, tanta maternidad orgullosa en una y en otra, tantos recuerdos evocados repentinamente.... que me han dado la horrible certeza que hasta ahora sólo se me había ocurrido en relámpagos fugaces de duda, y he huído para no demostrar los terribles estragos que esta frase ha producido en mi corazón.

» He vagado todo el día por los alrededores del castillo, presa de las agitaciones más diferentes; tan pronto rebosando de ira, como llorando con la agonía más dolorosa. No he vuelto hasta que he tomado la resolución de escribiros. Reináis de tal manera en mi ánimo, me encadenáis tan fuertemente con sólo miraros, me siento tan pequeño en vuestra presencia, que tengo el valor de escribiros lo que no sería capaz de deciros.

» En esta carta, señora, no debéis ver un reproche; nadie puede reprender más que el que tiene derecho para ello; únicamente el vendido puede quejarse del traidor; pero yo ni tengo derecho ni puedo ser vendido por vos, puesto que vos no me habéis prometido nada; nada me habéis concedido, ni una esperanza, ni aun habéis creído en la duración del sentimiento que tengo por vos. ¡Oh, señora! ¡En verdad que soy muy digno de lástima! Pero vos, ¿no os creéis un tanto culpable? Al acusaros no hubiera sido solamente injusto, sino también insensato. Pero yo hubiera querido que, ya que habéis permanecido para mí digna y maternal, como su madrina con Querubín, me hubieseis elevado más en vuestro pensamiento, y, conociéndome más, me hubieseis concedido una compasión muy distinta de la piedad que os movía en el momento en que sollozaba á vuestros piés.

» ¡Cuánto mal me habéis hecho, señora! ¿Por qué no me habéis arrojado de vuestra casa? ¿Por qué os habéis compadecido de mis lágrimas? ¿Por qué habéis tenido miedo de afligirme? ¿Por qué habéis aguardado á que mi amor fuese más grande, más fuerte, más ardiente para infligirme tormentos que no puedo soportar?

» Ahora que os he explicado algo, pero muy

inferior de lo que es, de qué modo os amo, ¿qué partido vais á tomar conmigo?... No quiero colocarme como un obstáculo entre vuestra hija y vos; pero también ruego que no se me haga ser testigo de unas ternuras á que hasta ahora no estaba acostumbrado ¡Ah! La imaginación es algunas veces demasiado cruel, y no tenéis necesidad de añadir á los tormentos que causa con sus sospechas, los de una realidad horrible. ¡Por muy caritativa, por muy generosa, por muy magnánima que seáis conmigo, siempre seré bastante desgraciado! »

VI.

—Lo creía, pero no estaba segura de ello, —dijo, después de haber leído esta carta, expansión ardiente de una pasión prematura.

La señora de Scudemor acababa de arrojar-se en el lecho, y en su preocupación no se había abrigado con la colcha de seda, que estrujaba con sus desnudos piés. Su ligero y blanco peinador de noche la envolvía en sus pliegues ondulantes. Apoyada en el codo, leía y volvía á leer la carta de Allán de Cynthry, y al mismo tiempo que la leía á la luz de su lámpara de noche, mordía con insistencia la rosada uña del índice de su mano izquierda; y su espaciosa frente estaba pálida, pero en su rostro preocupado no se revelaba la más mínima emoción interior, reinando á su alrededor la calma habitual.

El pliegue que cruzaba su entrecejo, parecido á una contracción, era solamente una cifra, pero una cifra terrible, la de la edad de la Condesa, marcada implacablemente sobre su frente,

en la que debía señalarse cada vez más.... Pero en sus magníficos ojos no se advertía ninguna otra expresión que la sombría de la edad que representaba. Por lo demás, Allán había visto la verdad. Camila tenía los mismos ojos: sólo que los de la niña brillaban con el fulgor húmedo que es tan dulce, y los de la madre con el fuego seco que es tan áspero.

Después de un cuarto de hora de inmovilidad y de cavilación, Iseult de Scudemor se levantó, metió sus pies desnudos en unas chinelas, se echó sobre los hombros casi descubiertos un abrigo de terciopelo que se hallaba en el respaldo de un sillón, y alumbrándose con la lámpara, se sentó delante de un precioso pupitre, cuya papelera abrió. En aquel momento estaba majestuosamente bella; había una armonía tan simpática y tan extraordinaria entre ella y la espléndida noche que la rodeaba, que el amor de Allán podía ser comprendido por los que la hubieran visto, por muy lejos que hubieran llevado su sensualidad. Las mujeres de cuarenta años solamente resplandecen á altas horas de la noche: los que no las han visto entre las doce y la una, no pueden explicarse el encanto de que gozan. La balada dice que «es la hora de los muertos.» La visión de la Juventud se aparece rosada y melancólica, más bella y más tierna que la vida, y salen

de la tumba por unos instantes, hasta que la aurora, al aparecer, sólo encuentra la palidez, el cansancio, las arrugas y la ruina, todas las venganzas del día que va á brillar, porque la mujer, humillada al fin, le ha eclipsado unos minutos siendo más hermosa que él.

Escribía. De cuando en cuando pasaba la mano por sus cabellos, sin dejar por eso de escribir. Una puerta se había abierto en la habitación, y de repente una cabeza asomó por aquella puerta entreabierta.

—¿Estás enferma, mamá? (dijo Camila con su dulce voz, que resonaba con un timbre de una melodía deliciosa en el silencio de la noche.) He oído ruido y que andabas por tu cuarto, y he creído que podías tener necesidad de mí.

—No; gracias, hija mía. Vete á acostar, y ten cuidado de no tomar frío,—respondió la condesa de Scudemor, continuando en su escritura.

Cuando hubo concluído, cerró la ventana, después de coger un ramillete de jazmines de los que la rodeaban; volvió al lecho, y no tardó en dormirse.

Indudablemente era una naturaleza que cumplía sus leyes con lentitud y silencio, sin que la más mínima turbación, el menor estremecimiento, arrojara á la superficie de aquel

océano una emoción arrancada á los abismos del alma , un poco de espuma , un resto, ova desprendida de los peñascos que rodeaban á flor de agua su pasado , y cuyos más altos picos habían desaparecido , sin dejar un pliegue en la superficie de su vida reposada.

## VII.

## LA SEÑORA DE SCUDEMOR Á ALLÁN.

«¡Sí; tenéis mucha razón, Allán! ¿Por qué me habré enternecido al ver vuestras lágrimas? Solamente puede saberlo el que ha hecho el corazón de la mujer. En el último extremo ya de la vida, herida por los hombres y las cosas, avezada á la reflexión y al desprecio, me creía fuerte contra todo, y más contra el llanto que he visto derramar tantas veces con la hipocresía más abominable; y, sin embargo, vuestro llanto me ha impedido alejaros de mí. ¡Ah! la coraza de la mujer falsea siempre en la parte del corazón. Si hubierais inspirado compasión; pero, á vuestra edad nadie puede mentir: se dice la verdad, y decir la verdad es casi conservar la pureza. Es ser lo contrario de todo lo que yo he visto, y, me atrevo á decirlo, de todo lo que he amado también. Probablemente, por esta razón, es por lo que vuestras lágrimas me han enternecido.

»Además, mi piedad se ha aumentado todavía por la superstición del dolor. ¡He sufrido tanto, mi joven amigo, que el dolor es para mí una cosa sagrada! Parecíais tan digno de compasión, que no he querido aumentar vuestro dolor, y mi cálculo ha salido erróneo, puesto que al tratar de rehuir de mí la responsabilidad de vuestras lágrimas, atraía sobre vos una pena mucho mayor.

»Sí, me he equivocado; sí, he estado ciega, cuando vuestro amor me ha parecido únicamente un primer sentimiento y un resultado de vuestra edad, de vuestra imaginación arrebatada, y de las circunstancias en que estabais colocado. Ignoraba hasta qué extremo llegaba la profundidad de vuestro sentimiento.... que yo creía una preocupación pasajera. Acusadme, condenadme; os lo perdono: pero sabed que desde el día en que os vi acariciar á Camila con repugnancia, no he querido hacérmelo ilusiones acerca del sentimiento silencioso que se vendía de una manera tan terrible para el porvenir.

»Con el tiempo comprenderéis, amigo mío, por qué he rebajado vuestro amor hasta el punto de ser.... lo que no es. En todos los juicios de la mujer hay siempre algo de su pasado; y solamente en nombre de la piedad es como yo he ejercido la piedad. Ahora que ya no creo en

un capricho que sería peligroso irritar, ahora que me habéis descubierto vuestra alma,— os repetiré la palabra que tanto os aflige; pero es la única que puede salvaros: «Allán, es indispensable que partáis.» Dejadme, viajad, sois joven y soñador, y os olvidaréis muy fácilmente de mí para aficionaros á otras cosas. Nuevos amores florecerán en ese joven corazón que empieza ahora á sentir la necesidad de amar.

Un porvenir brillante y extenso se abre á vuestros ojos. No os separéis cobardemente del camino que conduce á ese porvenir, y dejadme á mí, en el término ya de la vida, sentada en tierra, destrozada por las fatigas y dolores del viaje y por el demasiado tiempo que se ha prolongado.

»Por otra parte, ¿qué es lo que queréis de mí, Allán?... He vivido demasiado para no saber cuáles son las exigencias de las pasiones y hasta dónde llegan. Deseáis mi amor, Allán, y yo no tengo ya amor que daros. ¡Dios mío! Comprendo que se juegue la inmortalidad á un azar de la suerte; concibo que se aventure la existencia á la vuelta de un dado, seducido por un amor frágil, y que eso se haga sin pestañear; pero eso es cuando se expone uno á ganar otro amor. Es preciso encontrar algo que entusiasme, algo que produzca la

embriaguez, una probabilidad de felicidad rápida, inaudita, para nivelar las muchas probabilidades de miseria, de fastidio, de pesar que os amenazan....

»Exagerad todo lo que queráis la pasión; llegad hasta suponer que os falta esa probabilidad; y si esta suposición es imposible, ¿con qué nombre llamaremos á tal desorden en la naturaleza humana? ¿No podríamos asegurar que es una extravagancia vergonzosa é incurable, indigna de la humanidad, la que vemos adornar con el pomposo nombre de pasión?....

»Partiréis, Allán: ahora es indispensable. Quiero mejor que sufráis durante algunos momentos pesares de que luego os desquitaréis, que exponeros á dolores espantosos, y á mí á remordimientos eternos. Estoy en una edad en que no me es permitido ser ligera, y en cuanto á vanidad, creo que no haya quedado ninguna en mi corazón. Partiréis, pues, niño, puesto que no es suficiente para vos la amistad maternal de una mujer de mi edad. Únicamente que para hacer menos penosa, no vuestra despedida, sino vuestra estancia lejos de mí, tendré el valor de destruir vuestra última esperanza, si tenéis alguna, sin saberlo, en el fondo de vuestro corazón.... Os haré un daño más, segura de que algún día me perdonaréis y me

daréis las gracias. Ese día no está lejano, Allán; porque yo seré vieja, y vos brillaréis con la aureola esplendente de la juventud, y alguno de los rayos de vuestra gloria iluminará dulcemente con su resplandor mis cabellos blancos.»